El Cerro del Meco.

I.

Fué en un tiempo Guanajuato,
muy populosa ciudad,
por sus minas, la más rica
que haya existido quizás;
pues dice el Barón de Humboldt,
—respetable autoridad—
que fabulosas bonanzas,
como no se han visto ya,
produjeron plata y oro
en tan grande cantidad,
que dos tercios del dinero
que llegara á circular,
por el mundo, en ese entonces,
fueron de este Mineral.
La abundancia era un derroche,
pues sin tasa ni compás,
el «buscón» se daba un lujo
de acaudalado Nabab.
Era de verle en domingo,
una fortuna gastar,

vestido de negro paño,
ancho sombrero alemán
con sus toquillas de plata,
y chapetones sin par;
mascada de Indias al cuello,
en la «víbora» un caudal,
y, terciado sobre el hombro,
un finísimo gabán,
primoroso, del Saltillo,
que era una curiosidad.
No se diga la «señora,»
cuánto garbo en el andar,
calzado bajo, de raso,
y de encaje el delantal,
rica franela «masona»
que mirábase brillar,
salpicada de monedas,
«gargantilla» de coral,
«zarcillos» con piedras finas,
«cintillos» de oro, además,
y rebozo «ametalado»
de suprema calidad,
luciente como casulla,
ó capa archiepiscopal.

II.

Era costumbre en las minas,
por piedad ó devoción,
encomendar á algún santo,
ya un «tiro,» «campo,» ó «labor.»

En una de ellas, por cierto,
un campo se dedicó
á la milagrosa Virgen
de San Juan, y en la función,
se dijo misa cantada,
pues para ello se arregló,
convirtiéndolo en capilla,
de la mina el socavón.
A tal acto concurrieron
personas de rango y pró,
los «campistas» y hacendados
de más representación;
el Juez de minas y «tandas,»
el mismo Alcalde Mayor,
y hubo grande regocijo
y solemne procesión;
con barra y «pico» de plata
el primer golpe se dió,
los «morrongos» alumbraban
de la mina el interior,
con grandes «hachas de viento»
y con tanta profusión,
que al derramar en las rocas
radiante y vivo fulgor,
evocaban el fantástico
antro del viejo Plutón.
Hubo músicas y salvas,
el «pueble» todo acudió,
y arreglóse que en memoria
de aquella dedicación,

se regalara á la Virgen,
patrona de la «labor,»
un cofre con ricas joyas
de valiosa estimación,
todas de oro macizo,
hechas con arte y primor,
cuajadas de rosicleres,
diamantes, y qué sé yo.
Próxima estaba la feria
de San Juan, y se acordó,
que aquel presente, á la Virgen,
llevara una comisión.
Los nombrados aceptaron,
una acta se levantó,
compráronse al fin las joyas
á muy subido valor,
y en cofre dorado á fuego,
el presente se guardó.
Cuando todo estuvo listo,
partieron en un convoy,
rumbo á San Juan de los Lagos,
tal como se concertó,
las personas encargadas
de cumplir la comisión.
Algunos días pasaron;
mas el tiempo no tardó,
sin que luego se supiera
con profunda indignación,
que un capitán de bandidos,
temible por lo feroz,

con otros de su gavilla,
había asaltado el convoy,
matando á los conductores
de modo infame y traidor,
y lo que era más, ¡sacrílego!
clamaba la población,
robándose las alhajas
de la Virgen, ¡cuánto horror!
Vanas fueron las pesquisas
por capturar al ladrón,
la mina, pesar en oro,
al delincuente ofreció;
se hicieron triduos, novenas,
el Cura dijo un sermón,
y con frase persuasiva
á los fieles exhortó,
para que no se burlase
la Sagrada Ley de Dios,
conminando á los culpables
con pena de excomunión;
y algunos aseguraban
que aquel crimen tan atroz,
merecía los tormentos
de la Santa Inquisición.

III.

Muchos años transcurrieron
de acaecido el suceso,
y comenzó á susurrarse
entre la gente del pueblo,

UNIVERSITARIA

que por las noches ardía,
semejante á un fatuo fuego,
en un lugar apartado,
donde un peñón se alza enhiesto,
en la granítica cumbre
del alto *Cerro del Meco*,
que con sus crestas de cuarzo
recorta el azul del cielo,
erguido como un gigante
de los prehistóricos tiempos.
Es una vulgar creencia,
que donde arde, hay dinero,
y así, no era de extrañarse,
que atraídos por el cebo
de encontrar algún tesoro
en aquel sitio del *Meco*,
acudieran mil valientes,
de esos que hablan á los muertos,
anhelando descubrir
la clave de aquel secreto.
Mas sucedía que nadie
lograr pudiera su intento,
porque al acercarse alguno,
desaparecía el fuego;
se oían ruidos de cadenas
que arrastraban por el suelo,
blasfemias contra la Virgen,
gritos de rabia, lamentos,
y contemplábase alada
é inmensa legión de espectros,

que en espantoso aquelarre
rondaban en corvos vuelos,
produciendo con las alas
ensordecedor estrépito.
Y como para el espíritu,
la helada impresión del miedo
da á las imágenes vida
y agiganta los objetos,
las rocas de la montaña
con su caprichoso aspecto,
semejaban á la vista
monstruos informes y fieros,
tallados por las callosas
y rudas manos del tiempo.

IV.

Habitaba en las «Peñitas,»
en una casa modesta,
y más que modesta, pobre,
una familia muy buena.
Tuvo las comodidades
que tiene la clase media,
y trabajador y honrado
fué siempre el jefe de ella;
pero es lo cierto, que á veces,
y por fatal coincidencia,
la honradez, por patrimonio,
sólo tiene la miseria.

1 Nombre de un barrio de Guanajuato.

UNIVERSITARIA

Cansado de batallar
aquel hombre, en ruda brega,
vencido estaba en la lucha
terrible por la existencia.
Un día de tantos, salió,
como de costumbre era,
agobiado por el peso
enorme de su tristeza;
mas para sí le decía
con firme voz su conciencia:
«no desmayes, adelante,
lucha, trabaja y espera.»
Y trabajó; mas fué inútil;
recorrió calles y tiendas,
talleres, mercados, plazas . . . .
cruzó por su alma la negra
sombra del crimen, y en tanto,
la pobre familia aquella,
muriendo estaba de hambre,
y él, muriéndose de pena.
Inconsciente caminaba,
y al pasar por la Plazuela
de los Angeles, ya noche,
vió á un hombre de talla esbelta
que en su porte, revelaba
ser sujeto de altas prendas.
Iba á hablarle, cuando al punto
díjole aquél con presteza:
—¿Quieres trabajar? pues toma;
y le alargó una peseta.

—Compra con eso una reata
grande, resistente, buena,
y te vienes al momento,
que aquí te aguardo en la acera.
Aturdido tomó el hombre
en sus manos la moneda,
y sin vacilar, al punto,
entró de «El Sueño» á la tienda.
Compró la reata al instante,
y saliendo con violencia,
vió al misterioso individuo
que lo esperaba en la puerta,
y siguiólo por «Alonso,»
por «San Diego,» por «Sopeña,»
«San Pedro,» «Sangre de Cristo,»
«Puertecito,» sin que hubiera
entre ambos, palabra alguna. . . .
la calle estaba desierta,
y al bifucarse el camino
de «Pastita» y de «La Presa,»
tomaron por el primero,
no sin que con impaciencia,
sospechara malamente
el héroe de esta leyenda,
del extraño personaje
y de su grande reserva,
pues que era cómplice, acaso,
de una criminal empresa
que lo lanzaba al abismo,
y jamás la delincuencia

manchado había su nombre,
su reputación sin mengua,
que si obscura, tenía el sello
de una honradez verdadera.

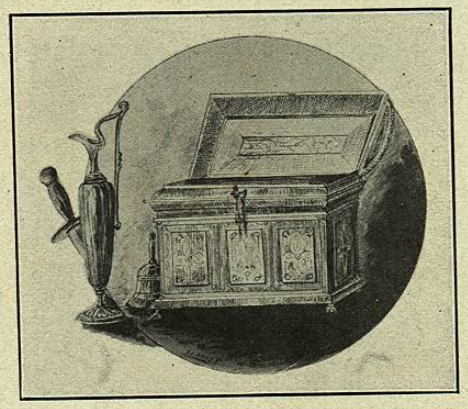
V.

Trepando por la montaña,
llegaron por fin á un sitio,
donde, en el *Cerro del Meco*,
se alza un peñón de granito.
La noche estaba tranquila,
el cielo muy claro y limpio,
cual diamante de Golconda,
brillar se miraba Sirio.
Sólo turbaba el reposo
augusto de aquel recinto,
ese rumor sordo y vago,
esos extraños rüidos,
que por la noche se escuchan
misteriosos é indecisos,
como el arrullo solemne
del sueño del infinito.
Después de breve silencio,
el misterioso individuo,
dirigiéndose á nuestro hombre,
y viéndolo de hito en hito,
con voz cavernosa y grave,
así cuentan que le dijo:
—Toma esa reata en su extremo

y ténlo en tu mano listo;
abracemos esta roca
con la cuerda á un tiempo mismo,
y arrojémosla con fuerza
hacia un lado del camino.
Hiciéronlo, y descubrióse
una oquedad en el piso.
Luego, sacando unos fósforos,
continuó aquel individuo;
—Amárrate la cintura
con la cuerda, tengo bríos,
y puedo bien sostenerte;
baja y desciende con tino
hasta el fondo de este pozo
y allí harás cuanto te digo:
encontrarás un cadáver,
y en un rincón, unos cirios,
enciendes éstos al punto,
y, en pago de tu servicio,
puedes tomar cuanto quieras
de dinero en tu «patío.»
Pero sobre todo, importa
que saques de aquél recinto
un cofre que se halla oculto
entre el hueco de unos riscos.
Bajó el otro con denuedo
hasta el fondo del abismo,
y cumplió, punto por punto,
su difícil cometido.
Y saliendo bruscamente,

UNIVERSITARIA

convulso, aterrado, lívido,
escuchó aquestas palabras
del extraño aparecido:
—Pues bien; ahora ya puedo
ir á descansar tranquilo;



ve á San Juan, lleva este cofre
y junto con este escrito,
entrégalo al Capellán
de la Iglesia . . . . y dió un gemido,
cual si le hubiesen clavado
un puñal agudo y frío
rompiéndole las entrañas . . . .
y envuelto en un remolino
de chispas, descendió súbito
al fondo del precipicio.

VI

Allá en un año remoto
—que no es posible recuerde—
preparando estaba el Cura
para el ocho de Diciembre,
en San Juan, una gran fiesta
religiosa, muy solemne;
pues la Virgen, la patrona
de esa ciudad jalisciense,
en aquel día recibe
las mil ofrendas que siempre,
de lugares apartados,
van á llevarle los fieles.
En una noche ya próxima
á la fiesta de Diciembre,
Presentóse al Señor Cura
una persona decente,
y entregándole una carta,
le dijo en términos breves:
—Padre, un deber imperioso
hace que á vos me presente,
vengo á traerle este cofre
que no sé lo que contiene.
El Cura leyó la carta,
que en borrosos caracteres,
hallábase concebida
de la manera siguiente:
«En una lejana edad,
hubo un famoso bandido,

UNIVERSITARIA

que fué de todos temido
por su audacia y su maldad.
Referiros, en verdad,
sus crímenes, largo fuera;
y para él, si viviera,
castigo no existiría,
luego se le mataría;
llamóse «Pillo Madera.» [1]
«Un convoy de los mejores,
cruzaba un día el camino;
asaltólo el asesino
y mató á los conductores.
Mas, para colmo de horrores,
en ese acto consumó
un sacrilegio, robó
estas alhajas que véis . . . .
su nombre, no preguntéis,
ese bandido, fuí yo.» . . . . . .
. . . . . .
El buen cura, poseído
de la más viva emoción,
al continuar la lectura
de la carta, prorrumpió:

1 El terrible bandido llamado «Pillo Madera» que con Piedra y Paredes robaba las conductas de plata. Como á éstos últimos los habían ejecutado, escapando Madera, esto motivó que en las canciones populares de entonces se cantara la siguiente copla:

«El señor Santa María
tiene que hacer una casa,
ya *piedra* y *paredes* tiene,
madera sólo le falta.

—¿Quién duda de tu justicia,
quién duda de ella, Señor?
Por los siglos de los siglos,
hasta la consumación,
prevalecerán tus leyes,
tus enseñanzas de amor.
y, al César lo que es del César,
como á Dios, lo que es de Dios.
Estrechando entre sus brazos
al enviado, continuó:
—Bien merece gloria eterna
quien se porta como vos;
esta carta es de un bandido
que ha mucho tiempo murió
robándose las alhajas
que aquí me entregáis, señor.
Son ex-votos, que una mina
de Guanajuato mandó
á nuestra bendita Virgen
patrona de una labor,
y por tan piadoso acto,
una bonanza se dió
rindiendo frutos riquísimos,
con «leyes» de alto valor.
En nombre, pues de la Virgen,
recibid mi bendición,
y por el alma del muerto,
roguemos ambos á Dios.
. . . . . .
. . . . . .

UNIVERSITARIA

Y desde entonces se cuenta,
entre la gente del pueblo,
que todas las noches arde
semejante á un fatuo fuego,
en un lugar apartado,
donde un peñón se alza enhiesto,
en la granítica cumbre
del alto *Cerro del Meco*,
que con sus crestas de cuarzo,
recorta el azul del cielo,
erguido como un gigante
de los prehistóricos tiempos.

1898.

El Cantador

Tradición Histórica.

I.

José Carpio, «El Cantador,»
según nos cuenta la fama,
vivió, se dice, á mediados,
de la edad décima octava.

Fué su cuna muy humilde,
tan humilde como honrada,
y por blasón el trabajo
ostentó siempre su casa.

Su padre, que era minero,
desde al despuntar el alba,
con su «manojo» á la mina
iba todas las mañanas;

y bajaba por el «tiro»
de la mina á las entrañas,
porque era de aquella clase,
heróica, fuerte, abnegada,

UNIVERSITARIA